

TARDES DE CINE, CACAHUETES Y PITILLO

Antton Obeso

A Juan

Hay momentos –vestidos de nostalgia casi siempre–, en los que me parece que ha valido la pena vivir. Uno de esos momentos, en cierta manera gloriosos aunque también tiernos y ensoñadores... se me ofreció la otra noche de la semana pasada, en la que, solitario como siempre, jugando a la invertebrada afición de barajar pensamientos y memorias, me dio en pararme ante la pantalla de la televisión ante el reclamo de una película como “Casablanca”.

Santiago Aizarna

No hay como una sentencia expresada con sentido del humor, salpicada con unas gotas de ironía y desde la inocencia, para que te venga todo un mundo a la memoria.

“Debo más a la Metro Goldwyn Mayer que al ‘Quijote’”, declaraba en una entrevista de prensa el conocido escritor Terenci Moix hace unos días y, de inmediato, me vino el recuerdo de Benjamín, compañero de clase que fuera en aquel tiempo de adolescencia en que los días se hacen interminables en el colegio.

A Benjamín le gustaba el cine. Bueno, nos gustaba a todos. Pero Benjamín, por ver una película, era capaz de jugársela una y otra vez. Tanto es así que, cuando tenía un ‘duro’ en el bolsillo, aquella tarde no venía a clase. O sea, ¡se la jugaba! Ir al dentista era la excusa más socorrida. Un día te van a calar –le dije– y vas a tener problemas. Empiezan a mirarte con desconfianza –le insistí– y hasta podrían expulsarte del

colegio, bien lo sabes. ¡Bah! –exclamó displaciente–. ¡Qué me van a enseñar ‘aquí’, que no pueda aprender en el cine! –concluyó con ironía. Aguda respuesta que yo no supe aquilatar en aquel momento y que, ahora, Terenci Moix me viene a confirmar la sabia apreciación que mi compañero Benjamín tenía de la vida.

Inevitablemente, Terenci Moix me ha recordado a Benjamín, claro está, me ha traído a la memoria aquella edad proclive a hacerse preguntas, momentos abonados para la duda y la desazón, domingos de misa y fútbol, también de cine, *cacahueses* y entrada de General, o sea, arriba, en Gallinero, que también así lo llamábamos, con peldaño de madera sin respaldo como asiento en el Salón Reina. Edad, aquella, sin afinidades definidas todavía, por lo que no siempre éramos los mismo los que formábamos la cuadrilla y fácilmente el grupo aumentaba o disminuía en número. Así que,

también Benjamín estaba a veces. Pero Benjamín, además de cacahuetes, en el mismo puesto callejero se compraba un celtas donde era posible adquirir por unidades los pitillos. Y es que, Benjamín era un tipo adelantado, un avanzado, un progresista que diríamos ahora. Las primeras caladas las dimos de su pitillo, pitillo que pasó de boca en boca por todos los de la cuadrilla, como la 'pipa de la paz' en una tribu india de una película del 'Oeste'. Atrás quedaba nuestro entusiasmo por los dibujos animados y por Cantinflas y comenzamos, lo que se dice, a 'participar' de la vida. Lo que le sucedía a John Wayne, a Kirk Douglas, a Gary Cooper, a Burt Lancaster, en fin, ya se sabe, a todos ellos, lo que sucedía 'allí', se entiende, lo sentíamos en propia carne y sus problemas eran los nuestros. Aventuras que transcurrían en río Conchos, en río Lobo, en río Rojo, en río Bravo, en río sin retorno, por tierras lejanas, tierras generosas, por horizontes lejanos, horizontes de grandeza, horizontes azules, por caminos de Oregón, camino del sur, camino de Santa Fe, y por esas, teníamos al hombre de las pistolas de oro, el hombre de río Nevado, el hombre de Laramie, el hombre del 'Oeste', el que mató a Liberty Valance, en definitiva, el hombre en su última aventura en la búsqueda de una estrella y de su destino. ¡Nos entusiasmaba el 'Oeste'!

Los mejores años de nuestra vida, me ha repetido una y otra vez Helenio cuando en nuestros encuentros ocasionales ha surgido en la conversación el recuerdo de nuestros años de adolescencia y juventud. Fijate bien –puntualiza su argumento–, no teníamos responsabilidades, no teníamos preocupaciones, sólo tenías que dejarte llevar por la vida. Ahora, sin embargo, ¡dime tú! –comenta apesadumbrado– empezando por la declaración de la renta, ¡es que no te dejan ni respirar!

Pienso que Helenio simplifica el asunto. Preocupaciones las había. Benjamín, por ejemplo. Benjamín, cuando no tenía el pitillo en la boca chupaba vehementemente un pictolín. Claro está que le preocupaba que, en casa o en el cole, le notaran que había fumado. Sabía que en tal caso tendría el correspondiente castigo. Lo había sufrido alguna vez y después tomaba las debidas precauciones. Y en el caramelo mentolado confiaba su estrategia, su salvación. Por otra parte, también estaban nuestros senti-

mientos. Todos teníamos un amor de cine, más o menos expresado. Sin embargo, Bernardo, nunca decía nada. Parecía que no le gustaba ninguna chica. Hasta que un día se descubrió que su amor tan celosamente guardado era Eleanor Parker. Pero es que Eleanor Parker se parecía considerablemente a Julita. O Julita se parecía a Eleanor Parker, que da igual. Recuerdo bien aquel momento. Vagábamos al pairo, una de esas tardes de verano en vacaciones escolares, dando caladas al pitillo y haciendo aros de humo a ver quién expulsaba los más redondos y más lejos, que en esto Benjamín era un maestro, tirados allí en la hierba junto al río. Benjamín hablándonos de colonos conduciendo caravanas más allá del Missouri en busca de amplias praderas, tratando de convencernos, como siempre, todo lo que en el cine se aprende... a montar a caballo, a manejar el colt, a besar a las chicas... decía, con el pitillo colgando de la comisura de los labios. Entonces intervino Bernardo contándonos, una vez más, la escena final de 'Scaramouche', en que Stewart Granger se bate con Mel Ferrer a sablazo limpio. Una película genial y donde la Parker estaba divina. Así que, pudorosamente, Bernardo, sin mentar a la Parker, se desataba, sin embargo, contando el duelo. Y cuando más entusiasmado estaba amagando con su diestra un supuesto sable, Manolo, con evidente indiscreción, le soltó –tú, Bernardo, lo que pasa es que estás enamorado de Julita. Bernardo se quedó en silencio sin poder evitar que el rubor le asomara al rostro llamativamente. Julita, que se parecía sobremanera a Eleanor Parker, la recuerdo todavía con su uniforme del colegio de monjas, la falda azul plisada y la blusa blanca donde comenzaba a perfilarse su condición de mujer. Nos sentimos todos conmovidos en aquel momento, sin saber qué decir, si consolar a Bernardo por sus sentimientos ultrajados o reprobar a Manolo por su descarada deslealtad. En definitiva, nos quedamos mudos.

La tarde que vimos 'El gran Caruso', con una Ann Blyth maravillosamente encantadora, pues bien, aquella noche terminamos en el bar Alameda a las tantas de la madrugada cantando descosidos 'la donna e mobile', y la vida estaba cambiando. Ya vestíamos pantalón largo, chaqueta y corbata los domingos, habíamos dejado de subir a Gallinero y entrábamos por el pasillo del patio

de butacas como Cary Grant paseando por Sunset Boulevard, por un decir. Los celtas ya no los comprábamos sueltos en el puesto callejero, sí, desde luego, en paquete, en el estanco. Nos seguían gustando las del 'Oeste' y, además, no podíamos menos que sentirnos turbados cuando Ava Gardner, Donna Reed, Marilyn Monroe, en fin, iban surgiendo en nuestras vidas. Ellas hacían latir nuestro corazón inquieto y nuestro amor en el cine. Luego sucedía que llegabas al baile y decías invitando a una chica –¿bailamos, nena? Y la chica, si era inteligente y tenía sentido del humor, con una sonrisa llena de perspicacia te preguntaba– ¿qué película has visto?

Un día, Lorenzo, compañero poco amigo de jaranas y que nunca aprendió a fumar, siempre tosía, se sinceró conmigo después de una copa. ¿Sabes mi problema con las mujeres? –me dijo. Dime –le pregunté. Siempre te miran con gesto de superioridad ¿no te has dado cuenta? –me confesó. Me quedé mirándole en silencio, pensativo. En aquellos 'los mejores años de nuestra vida', como considera mi amigo Helenio, tanta filosofía de la vida me abrumaba.

No obstante, con el tiempo, parece que vas encontrando alguna explicación a los anhelos y comportamientos humanos. En un encuentro casual con Gonzalo, un amigo de siempre, ese tipo de amigo con el que hablas de todo lo humano y lo divino y, por lo tanto, de cine también, en un momento de añoranza, quizá, dije.

– ¡Qué tiempos aquéllos, Gonzalo, cuando íbamos al cine con la mayor inocencia!

– Sí... me contestó un tanto reflexivo –Íbamos al cine porque, en definitiva, queríamos tener un corazón salvaje y una chica tierna y cariñosa en nuestros brazos.

No pude evitar sentirme sorprendido con sus palabras.

– Lo he leído en alguna parte –me dijo enseguida–. Pero... ¿verdad que es así?

Benjamín tiene en común con Terenci su apasionado amor por el cine. Los dos se consideran deudores de la Metro. Y, seguro que también, de la Paramount, de la United Artist, de la Universal-Roma, de la Ponti de Laurentis, de la Selznick, de la Kadr Unit-Film Polski, de la Mosfilm, de la Ukrainfilm, de la Pathé-Cinema, de la Svensk Filmindustri, de la Shochiku, de... en fin, hasta de

Cifesa, seguro. Y aunque en algunos aspectos de la vida son completamente opuestos, sin embargo, tienen en común, además de su amor por el cine, el haber nacido en el mismo año, su inveterada afición por el tabaco y el hecho que, una vez entrados en los cincuenta, el destino les ha dado un aviso a sus corazones indomables.

La noticia surgió sorprendente por inesperada. Saltó el teléfono con palabras inquietantes: a Benjamín lo han ingresado en el hospital. La noche anterior habíamos cenado juntos. Salí corriendo. Estaba en la U.C.I.. No obstante, la opinión del médico era optimista: se ha llegado a tiempo, saldrá adelante. Pero su mujer, Isabel, se lamentaba, una vez más, de la excesiva inclinación de su marido por el tabaco. ¡Si esta vez le sirve de lección! –decía–. A mí nunca me hace caso –proseguía en su lamento–. Vosotros, los amigos, tendríais que decirle algo –concluyó.

Entré en la habitación en el mismo momento en que le decía a la enfermera que le atendía.

– Beatriz, dime por favor, con sinceridad, ¿hay alguna posibilidad de escapar de aquí?

La enfermera sorprendida, le miró durante un rato, casi clavado como estaba a la cama, con el suero metido en la vena y los electrodos agarrados a su pecho, luego me miró a mí.

– ¿Siempre es así? –me preguntó.

Asentí con la cabeza sin poder evitar la sonrisa en mi boca.

– Entonces vas a tener suerte –le dijo–. No vas a necesitar escapar. Te dejaremos suelto pronto.

– Simpática ¿verdad? –comentó Benjamín mientras la observaba marchar.

Benjamín, parecía estar disfrutando de la situación. O sea, como siempre.

– Me han dicho que todo va bien –le dije.

– Eso parece.

– Sin embargo, vas a tener que dejar el pitillo, Benjamín –le dije tratando de parecer amable.

– No importa –me contestó, hizo una pausa, pensativo, le miré intrigado y prosiguió–. Verás... si tienes un caballo, una manta y, por delante, los grandes horizontes... lo tienes todo. Y yo, lo tengo. Tú ya me entiendes.

Esa fue su contestación, que venía a ser como una declaración de principios. Eso me pareció.

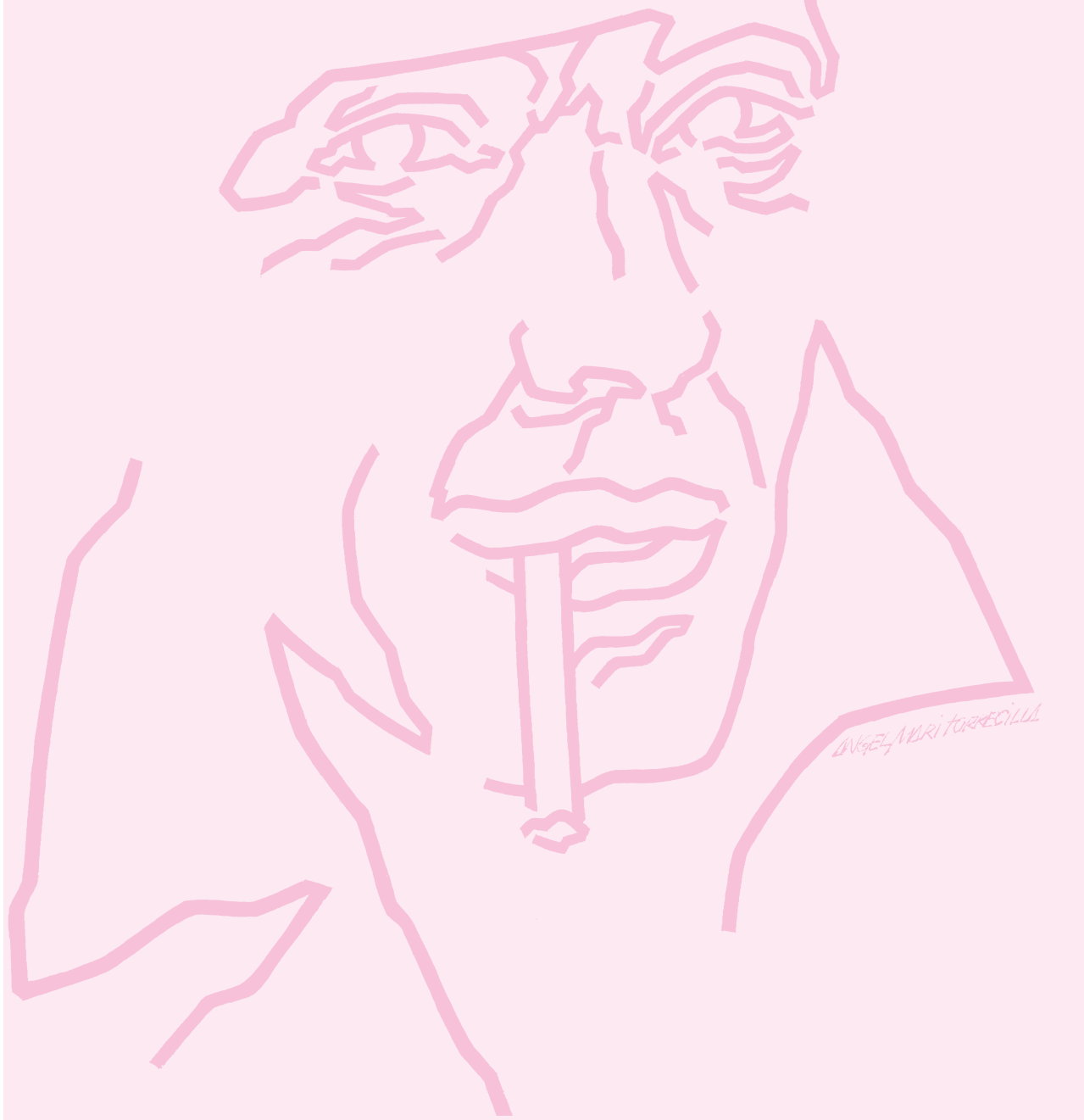
Han pasado ya unos años de este suceso. De vez en cuando me encuentro con Benjamín en comidas y cenas de amigos, y, también, ocasionalmente por la calle o en el paseo. En el paseo apenas nos paramos, sólo un saludo, ya que, vestido con indumentaria deportiva, camina ligero durante una hora, todos los días. ¡Quién me iba a decir que llegaría a ser un deportista! –ha comentado alguna vez. El pitillo ha desaparecido de su geografía personal, si acaso chupa un pictolín por eso de engañar la afición –dice. Y sigue cabalgando a lomos de su sino con la mirada siempre puesta en los grandes horizontes.

“El cine ha sido mi ‘Nuncajamás’, mi Nirvana y mi iniciación a la cultura –seguí leyendo las manifestaciones de Terenci Moix en la entrevista– ... el cine es mi magdalena proustiana, mi forma de medir el tiempo”.

Abril 2002.

Nota: Me he permitido matizar la realidad de los hechos pues he considerado oportuno hacerlo. Eso sí, los nombres de los personajes los he cambiado, claro está.

Y al recuerdo de Terenci Moix.



Angel Mari Torrocilla